

## ENSAYO

### CRISTIANISMO Y CREACIÓN DE RIQUEZA

#### LA COMPETENCIA Y LOS VALORES DEL EVANGELIO CRISTIANO\*

**Monseñor John Jukes**

A partir de una reseña histórica de los principios centrales de la tradición católica en torno a la riqueza y su relación con la propiedad privada, monseñor Jukes se refiere en estas páginas a la noción de "competencia" —elemento clave en el pensamiento social y económico contemporáneo— a la luz de los valores cristianos. Al hacerlo, señala su discrepancia con el significado y consecuencias que Michael Novak le atribuye a la competencia en su libro *El espíritu del capitalismo democrático*. Novak señala allí que parece incorrecto concluir que el espíritu de competencia sea ajeno al Evangelio y que la competencia económica, especialmente, constituya una amenaza para el hombre. Monseñor Jukes advierte que si bien es cierto que en ninguna parte del Evangelio se condena la competencia como tal (así como tampoco se

MONSEÑOR JOHN JUKES. Obispo de Strathearn y obispo auxiliar de Southwark, en Gran Bretaña.

\* "Christianity and Wealth Creation: Competition and the Values Demanded by the Christian Gospel", publicado originalmente en *God and the Marketplace*, editado por John Davies (Londres: 1993). © The IEA Health and Welfare Unit, Londres. Traducido por el Centro de Estudios Públicos con la debida autorización.

Entre los ensayos incluidos en *God and the Marketplace*, en esta edición se recogen a la vez los del teólogo Michael Novak, del Rev. Simon Robinson, capellán anglicano de la Universidad de Leeds, y de Richard H. Roberts, Director del Instituto para la Religión y las Ciencias Humanas, de la Universidad de Saint Andrews.

condena a la riqueza en sí), se trata de una realidad humana que en la práctica puede poner en peligro la dignidad del hombre y violentar los valores cristianos. Ese es el caso, por ejemplo, cuando se percibe la competencia como un absoluto y, a través de ella, se procura dominar a otros o bien se excluye la obligación de promover el bien común.

**A**teniéndome al tema central de esta conferencia desarrollaré mi exposición a partir de algunas reflexiones sobre la "competencia", dado que ésta es un elemento clave del pensamiento económico y social actual. No me es posible hallar muchas enseñanzas específicas sobre la "competencia" en los documentos oficiales de la Iglesia Católica, de modo que los puntos de vista aquí expresados serán en mayor medida los míos.

La palabra "riqueza" (*wealth*) significa corrientemente en inglés riquezas, grandes posesiones, opulencia, abundancia, etc., (véase, por ejemplo, el *Concise Oxford English Dictionary*). La palabra "creación" (*creation*) no está confinada al significado teológico y más bien restrictivo de llevar algo a la existencia a partir de la nada. Por creación muchas veces queremos decir el producto de la inventiva humana o, simplemente, el adorno de alguna cosa ya existente. A mi entender, la yuxtaposición de riqueza y creación corresponde a un uso relativamente nuevo que todavía debe decantar en un significado universalmente aceptado. La creación de riqueza está revestida de una cierta pátina de respetabilidad. Es un término de moda entre los economistas, los políticos y hasta los teólogos. Apunta a una realidad que no incluye simplemente riquezas vulgares ni implica, incluso, sudor. Parece estar por encima de las operaciones repetitivas y mentalmente anquilosantes de nuestro pasado industrial, y elude la acusación de estar entregado a la avidez, si bien ambas siguen siendo, desafortunadamente, parte de la experiencia humana. Con esto en mente exploraré brevemente las raíces de la visión católica de la "creación de riqueza".

La visión acerca de la riqueza que hallamos en el Antiguo Testamento es compleja. Parece no haber sido un tema importante para los israelitas en sus experiencias tempranas como pueblo. Sin embargo, una vez ocupada la Tierra y establecidas las ciudades, diversos asuntos morales comenzaron a concitar la atención de los maestros y profetas. Se enuncian tanto las bendiciones como los peligros de la riqueza. Un problema teológico difícil para los judíos fue la compatibilización de su creencia de que la riqueza indicaba la bendición de Dios a sus elegidos, con la realidad de que entre los ricos se hallaban pecadores y también aquellos que traicionaban los ideales del pueblo, ideales que Dios había entregado.

Jesús propuso un enfoque radicalmente nuevo en torno al problema. Resolvió la dicotomía entre la riqueza vista como bendición de Dios y la realidad de que los ricos muchas veces son manifestamente pecadores. Su solución fue recordar a sus seguidores que todos los asuntos humanos, incluyendo la creación y acumulación de riqueza, debían ser ordenados a la luz del destino último del hombre en Dios. De modo que para Jesús toda riqueza ha de ser vista en el contexto de la realidad escatológica que debe afrontar cada ser humano. Todos seremos juzgados al término de nuestra vida en la Tierra. El destino eterno de cada uno será determinado por la bondad de nuestra respuesta al Creador, que se expresa en el cuidado y el servicio al prójimo. Esta es, para Jesús, la clave para la utilización de la riqueza. Jesús no ofrece directrices sobre el trabajo o la riqueza como tales. Simplemente los asume como parte de la realidad de la existencia humana. Es la acumulación de riqueza como un fin en sí y la confianza en la riqueza como fuente de felicidad y realización lo que Jesús declara necio y destructivo para la dignidad humana.

El tiempo no nos permite entrar a revisar aquellos pasajes del Nuevo Testamento en los que se apoyan nuestras afirmaciones. Pienso que el estudio de los Padres de la Iglesia y de los teólogos medievales muestra que ésta es la visión radical sobre la acumulación de riqueza en la que se sustentan las interrogantes que ellos plantearon —y buscaron responder— acerca de los peligros que acarrear las riquezas y las posesiones para el alma humana. Creo que es debido a *este enfoque en los peligros que pueden acarrear las riquezas para el espíritu humano* que los teólogos, maestros y escritores de la Iglesia Católica no habían empleado el término "creación de riqueza" en su presentación de las enseñanzas del Evangelio en relación a las posesiones y las riquezas. Esto también podría explicar por qué, hasta donde yo he sido capaz de investigar, el término "creación de riqueza" no es empleado como tal en los documentos doctrinales emanados del Concilio Vaticano II o de la Santa Sede.

"Creación de riqueza" es en muchos sentidos un término que formula lo obvio del pensamiento católico aplicado a la condición humana. La tradición católica (que es compartida, desde luego, con muchos otros) enseña que Dios creó el Universo y colocó al género humano en él como su coronación y culminación. Este don inicial de señorío sobre la Creación puede hallarse en el relato de la Creación que se halla en el Génesis. Sólo después de la caída ese señorío pasa a ser oneroso o peligroso para la esperanza de felicidad eterna del hombre. Con todo, el señorío del hombre sobre la Creación no cesa en castigo por el pecado. Es en la comprensión inicial de la condición humana que la enseñanza social de la Iglesia sobre la condición humana halla su punto de partida. Esa enseñanza se desarrolla a través de la reflexión sobre la realidad actual de la condición humana en el momento de la formación de dicha enseñanza.

Es importante recordar que el lapso que media entre el magisterio del Papa León XIII en *Rerum novarum*, 15-5-1891, y *Centesimus annus*, 2-2-1991, del actual Papa, tuvo como telón de fondo en muchas partes del mundo un siglo de transición desde una sociedad rural a otra transformada por la revolución de la informática. Han sido cien años del más acelerado y universal cambio en las circunstancias materiales de la condición humana que el hombre jamás haya experimentado. En medio de ese escenario en constante transformación, la enseñanza social católica —incluidas las reflexiones del Papa, los obispos y los teólogos de la Iglesia sobre asuntos económicos— se ha ido desarrollando en la medida que aparecen nuevas visiones y posibilidades para el género humano. Sin embargo, hay enseñanzas básicas que perduran, dado que están fundadas en la revelación de la voluntad de Dios en Jesucristo.

En el magisterio pontificio a lo largo del último siglo, el don de la creación de Adán y Eva es interpretado como algo más que un simple don a nuestros primeros padres para que éstos pudieran disfrutar un paraíso terrenal. El proceso descrito en el Génesis II, 18-20, de llevar a todos los animales ante Adán para que les diese nombre, y de conferirle permiso general para hacer uso de todas las cosas, ha de entenderse como un don a toda la estirpe humana. Ese don se expresa en la frase "el destino universal de los bienes". Esa enseñanza apareció incluso antes que la de León XIII en *Rerum novarum*, para continuar en el magisterio de los pontífices subsiguientes. En *Mater et magistra* (119) Juan XXIII señala:

Otro punto de doctrina, propuesto constantemente por nuestros predecesores, es que, al derecho de propiedad privada sobre los bienes, le es intrínsecamente inherente una función social. En efecto, en el plan de la creación los bienes de la tierra están destinados, ante todo, para el digno sustento de todos los seres humanos (...).

Este enfoque ha sido vastamente profundizado por Juan Pablo II.

No cabe duda de que la creación de riqueza proviene del trabajo humano. Al hacer uso de los recursos básicos que la misma Creación provee, el hombre utiliza, no por azar sino intencionalmente, el poder de su intelecto, a menudo acoplado con el esfuerzo de su cuerpo, para dar forma a las cosas de nuestro mundo, confiriéndoles así un valor que éstas no tenían antes ni para él ni para otros hombres. El Papa Juan Pablo II, en la encíclica *Laborem exercens* (# 6), explora la noción de trabajo, concluyendo que la medida principal del trabajo es el hombre mismo, que es el sujeto de dicho trabajo. Este principio aparentemente inocuo tiene profundas implicancias en la asignación de valor a cualquier trabajo realizado o para cualquier sistema de organización de trabajo

en sí, o para las normas políticas que regulan la sociedad de la cual es miembro el trabajador.

En su encíclica más reciente, *Centesimus annus*, el Papa Juan Pablo II dedica todo un capítulo al tema de la propiedad privada y el destino universal de los bienes. Es la combinación de esta noción con la aceptación de que el hombre es la medida del trabajo por el cual se crea la riqueza, lo que constituye el fundamento de un cuerpo de enseñanza específico, y en desarrollo, en la tradición católica moderna aplicable a la "creación de riqueza". Esa enseñanza se formuló inicialmente en una época en que el género humano era percibido como invariablemente dividido, y, por tanto, aislado en diferentes y muchas veces hostiles Estados nacionales que competían por recursos materiales aparentemente ilimitados. Esa percepción ha cambiado radicalmente. Ha sido reemplazada por una visión unitaria de la estirpe humana, que habita un planeta de recursos muy finitos. Esta realidad, expresada como la visión de "un solo mundo", es la que tiene mayor influencia en la doctrina social moderna de la Iglesia.

Durante muchos siglos la Iglesia ha manifestado que es legítimo ejercer la propiedad privada de algunos bienes materiales. Esta convicción deriva de diversas fuentes. Indudablemente, en los mandamientos que prohíben el robo y la codicia está implícita la propiedad privada. De ahí que un ser humano tiene derechos sobre cosas materiales, los que han de ser respetados por todos los demás. Esto preparó el escenario para el desarrollo a través de siglos y siglos de la tradición cristiana de respeto por la propiedad individual o privada. En consideración de un número de factores sociales y políticos, por ejemplo, el sistema feudal y el desarrollo durante el siglo XIX de teorías y prácticas de propiedad colectiva y estatal de todos los bienes materiales, la Iglesia se sintió obligada a insistir en la necesidad esencial y en los beneficios que importa para la dignidad y realización humanas cierta propiedad personal y exclusiva de bienes materiales. Sin embargo, ese derecho jamás ha sido elevado al carácter de absoluto.

Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno. He ahí, pues, la raíz primera del destino universal de los bienes de la tierra. Ésta, por su misma fecundidad y capacidad de satisfacer las necesidades del hombre, es el primer don de Dios para el sustento de la vida humana. Ahora bien, la tierra da sus frutos sin una peculiar respuesta del hombre al don de Dios, es decir, sin el trabajo. Es mediante el trabajo como el hombre, usando su inteligencia y su libertad, logra dominarla y hacer de ella su digna morada. De este modo, se apropia una parte de la tierra, la que se ha conquistado con su trabajo: he ahí el origen de la propiedad individual. Obviamente, le

incumbe también la responsabilidad de no impedir que otros hombres obtengan su parte del don de Dios; es más, debe cooperar con ellos para dominar juntos toda la tierra.<sup>1</sup>

Después de esta breve revisión de la "creación de riqueza" y su relación con la propiedad privada tal como aparece en la doctrina católica, paso al tema de la "competencia" a la luz de los valores del Evangelio cristiano. Lo hago siguiendo la sugerencia del Papa Juan Pablo II en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, dada a conocer el 30-12-1987 para conmemorar los veinte años transcurridos desde la publicación de la encíclica *Popularum progressio*, del Papa Paulo VI, sobre el desarrollo económico humano. El Papa Juan Pablo II sugiere que los males de la injusticia y la privación que afectan a muchos en el mundo actual debieran quedar sujetos al análisis y a las directrices contenidas en la doctrina social de la Iglesia. El Papa insiste en que esa doctrina no constituye una tercera vía entre el liberalismo capitalista y el colectivismo marxista, ni tampoco una alternativa posible entre soluciones menos radicalmente opuestas las unas a las otras. Constituye una categoría en sí. No es una ideología sino que, antes bien, procura ser la formulación fidedigna de los resultados de una cuidadosa reflexión acerca de las complejas realidades de la existencia humana y del orden internacional a la luz de la fe y de la tradición de la Iglesia (*Sollicitudo rei socialis*, #41). Algunas de las posiciones adoptadas por el Papa son útiles puntos de partida para la consideración de la "competencia".

El Papa concede que la experiencia contemporánea parece indicar que a nivel de naciones individuales y de las relaciones internacionales el *mercado libre* es el instrumento más eficaz para la utilización de los recursos y para satisfacer eficazmente las necesidades. También señala que el libre mercado tiene sus limitaciones, de modo que antes que la lógica de un intercambio justo de bienes y las formas de justicia que le son apropiadas existe algo que corresponde al hombre por ser hombre, en virtud de su eminente dignidad. Ese algo debe incluir la posibilidad de sobrevivir y de hacer un aporte al bien común de la humanidad (*Centesimus annus*, # 34). Esto establece una prioridad que debe iluminar y, de ser necesario, restringir la aplicación de la noción del mercado libre dentro de una economía específica. De allí que parezca que la economía específica de una sociedad debe ser construida sobre la base del trabajo libre, de la empresa y la participación. Ahora bien, se debe promover el florecimiento de estos factores, y ello debe ser tarea de todos, inclusive la obligación de los organismos políticos y sociales. Ni el Estado ni el capital deberían tener un control tal que asegure su predominio absoluto sobre el ciudadano y menoscabe la naturaleza libre y personal del trabajo humano.

<sup>1</sup> Papa Juan Pablo II, *Centesimus annus*, # 31

El Papa reconoce el papel legítimo de los beneficios como índice de la buena marcha de una empresa.<sup>2</sup> Del hecho de obtener utilidades puede deducirse que los recursos productivos han sido adecuadamente utilizados y que se han satisfecho las necesidades humanas. Pero el Santo Padre insiste en que los beneficios no constituyen el único indicador de las condiciones de una firma. Es posible que los balances contables de una empresa estén en orden, pero aún así la fuerza laboral, que es el patrimonio más valioso de la firma, puede haber sido humillada y su dignidad ofendida. Esto es moralmente malo y conlleva consecuencias adversas para la eficiencia económica y el futuro de la empresa. De hecho, sus perspectivas de sobrevivir en el largo plazo deben ser consideradas muy precarias.

Estas consideraciones sientan las bases para un comentario específico sobre la competencia. La "competencia" describe una realidad compleja de la experiencia humana. Se asocia con una gran variedad de actividades, como el deporte, las relaciones humanas, los negocios, la economía, la política, etc. Esencial en la noción de "competencia" es el elemento de luchar por la consecución de un fin. De ahí sigue la consecuencia de superar a cualquier otro u otros que aspiren a una misma cosa. Los motivos de cualquiera envuelto en una competencia pueden ser variados. En algunos casos el individuo puede estar motivado por un deseo general de distinguirse o conseguir un fin, sin ninguna o escasa referencia por los otros involucrados. En otros casos puede ser, simplemente, que el deseo de llegar primero y, de este modo, derribar o dejar atrás a los demás sea central para quien compite. En algunos casos la "competencia" es vista como una carrera no contra otros seres humanos, sino contra otras fuerzas, como la naturaleza.

Dado que la "competencia" es un elemento presente en una gran variedad de actividades humanas, debemos estar alertas a la necesidad de delinear lo más exactamente posible qué es lo que entendemos por ella al referirnos a una actividad específica. Michael Novak, en su libro *The Spirit of Democratic Capitalism*, percibe la competencia como una de las seis doctrinas teológicas de una teología del capitalismo democrático. Estas doctrinas incluyen la Trinidad, la Encarnación, la competencia, el pecado original, la separación de esferas y la caridad. Novak examina en detalle cada una de las "doctrinas" propuestas. En relación a la competencia concluye su indagación aseverando:

[P]arece erróneo concluir que el espíritu de competencia sea ajeno a los evangelios y que, en particular, la competencia por dinero sea el mayor de los peligros espirituales y morales del género humano.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> *Centesimus annus*, # 35.

<sup>3</sup> Michael Novak *The Spirit of Democratic Capitalism*, segunda edición (Londres: IEA Health and Welfare Unit, 1991), p. 344-349.

A un escritor tan creativo como Novak debe permitírsele cierta licencia en el empleo de los términos. Si bien la competencia es considerada correctamente como una realidad humana, no puedo estar de acuerdo en que sea correcto describirla fácilmente como una "doctrina teológica", aun tomando ese término muy sueltamente. Tampoco me siento cómodo con la exploración que hace Novak de las consecuencias teológicas o el significado de la competencia. Se requiere de una mayor reflexión. Y esto es, aunque exigüamente, lo que intentaré hacer a continuación.

Hasta donde yo soy capaz de descubrir, no hay en los evangelios pasaje alguno en que Jesús sea mostrado recriminando la competencia como tal. Ello es congruente con su actitud general frente a las condiciones del mundo al que vino. Uno se siente tocado por su actitud realista en la selección que hace de los materiales para sus enseñanzas a través de las parábolas: el rey que delibera acerca de si tiene o no las fuerzas necesarias para oponerse a otro rey (Lucas 14, 31 y ss.); el mayordomo "sabelotodo" que se aprovisiona ante la pérdida de su empleo al ser sorprendido malgastando los bienes de su amo (Lucas 14, 1-7); el juez que actúa bajo la presión de las demandas y de la porfía más que en aras de la justicia (Lucas 18, 1-5), etc. Ese realismo se extiende a la percepción que Él tiene de su propia misión, la cual no es la de ser juez frente a los problemas materiales que encuentra en su experiencia personal en Palestina (Lucas 12, 13 y ss.).

No debemos concluir que Jesús se oponía o se abstraía simplemente de los asuntos del mundo al que vino. Él pasó la mayor parte de su vida como artesano en Nazareth. Observó agudamente las circunstancias materiales de la vida cotidiana, como puede desprenderse de la exactitud con que construyó sus parábolas e ilustró sus enseñanzas. Pero insistió en que su misión era dar a conocer la supremacía de la voluntad de su Padre para el género humano. Esa voluntad requería la observancia de una ley fundamental: amor a Dios por sobre todo lo demás, al cual debe sumarse el amor al prójimo. Jesús vio y enseñó claramente cómo el segundo precepto del amor corre peligro en los asuntos humanos cuando un hombre busca dominar a otro. Jesús exige que esa dominación no esté presente entre sus seguidores (Marcos 10, 42-45).

Jesús no atacó el sistema de pertenencia y de propiedad presente en la Palestina de sus días. Su enseñanza "no implica ni sanción ni condena a las diferencias económicas o de clase; lo único que la perspectiva enteramente religiosa de Jesús excluye, al hacer del amor la ley suprema, es el desprecio mutuo y la enemistad, la explotación desde arriba y el odio desde abajo".<sup>4</sup>

<sup>4</sup> R. Schnackenburg, *Moral Teaching of the New Testament*, p. 123.



Desde este punto de partida, la Iglesia fue más tarde capaz de extraer conclusiones concretas en lo relativo al orden económico y social. Dichas conclusiones harían imposible perseverar en ciertas instituciones sociales, como, por ejemplo, la adoración a los emperadores, la esclavitud, etc. Jesús no se propuso construir un sistema de moralidad vocacional. Aun así, su enseñanza es muchas veces especialmente dura contra aquellos que son ricos (Lucas 6, 24). Sin embargo, esa enseñanza no apunta a los ricos en sí, sino a la sed de poder y el olvido de Dios a que los inducen sus posesiones.

A partir de esas observaciones muy generales sobre las enseñanzas de Jesucristo, pasaremos a considerar la realidad de la "competencia" en los asuntos económicos humanos a la luz de la tradición católica. Hasta donde yo sé, no hay una enseñanza moderna específica de los pastores de la Iglesia Católica relativa a la noción de competencia. Hay un conjunto sustancial de enseñanza tradicional, en su mayor parte de estilo casuístico, sobre los contratos, el comercio general, el cobro de intereses, etc. Esa enseñanza se ocupa de entregar directrices a las conciencias individuales sobre los problemas morales que pueden surgir en el curso de la actividad comercial. De un cierto número de principios se derivan instrucciones precisas para las transacciones comerciales: el deber de cumplir los contratos basados en la justicia; la necesidad de observar siempre ciertas prioridades en la satisfacción de las necesidades humanas; el requerimiento de actuar para servir al bien común de la sociedad de la que uno forma parte, etc. Pero esa enseñanza también está arraigada en la realidad humana. Uno de sus aforismos favoritos en las secciones sobre contratos es *caveat emptor*. Pero éste no excusa el engaño, sino que reconoce la necesidad de actuar diligentemente contra el fraude en las transacciones comerciales.

Jesucristo hizo muchas advertencias contra los peligros de la riqueza y la preocupación excesiva por los bienes terrenales. La razón general de esas advertencias está en la preocupación que tiene el Señor de que los seres humanos puedan perder de vista al Creador al perseguir los bienes de su Creación. Esta postura del Señor refuerza mi convicción de que no hay una condena específica a la competencia en sí en las enseñanzas de Cristo. Sin embargo, allí donde la competencia implica la búsqueda del dominio de una persona por sobre otra o la exclusión del deber de cualquier individuo de promover el bien común, los valores del Evangelio cristiano son violentados. Estoy de acuerdo con la premisa de Novak de que Dios no está comprometido con la igualdad de trato de cada ser humano. Pero ello no contradice el ofrecimiento, esencialmente gratuito y amante de Dios, a todos los seres humanos, de la salvación eterna a través de Jesucristo. El camino de la aceptación de ese ofrecimiento se halla en el servicio a Dios y a nuestro prójimo. Para

todas las transacciones comerciales, económicas y políticas queda así planteada la interrogante de en qué medida ese servicio es facilitado u obstruido por la competencia.

Para complementar estas consideraciones es necesario, a mi entender, afirmar que el entronizamiento de la "competencia" como un absoluto en los asuntos humanos, sean políticos o económicos, es peligroso para el bien común y para la adecuada realización de cada ser humano como hijo de Dios. Ello es así porque el colocar a la "competencia" como un absoluto pone en peligro otras realidades humanas prioritarias, como la dignidad individual y la dimensión esencialmente social de la existencia humana. De modo que cuando el término "competencia" se emplea en relación con los asuntos sociales, políticos y económicos, la realidad de aquello que se quiere expresar con el término debe tenerse en consideración al juzgar el status ético de la acción propuesta o de la posición adoptada.

Si bien no puedo hallar ninguna alusión específica a la competencia en las enseñanzas formales de los pastores de la Iglesia Católica, en *Octogésima adveniens* hay una iluminadora referencia a la necesidad de evitar el tipo de ideología liberal que exalta la libertad individual:

[s]ustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de las iniciativas individuales (y no como un motivo primario del valor de la organización social).<sup>5</sup>

Es erróneo, según lo expresado por el Papa Juan Pablo II en su alocución de 1990 a la comunidad empresarial mexicana en Durango, sostener que la doctrina social de la Iglesia condena lisa y llanamente una teoría económica. El Papa insiste más bien en que la Iglesia desea alentar la reflexión crítica sobre los procesos sociales. Una teoría o proceso económico o político que amenaza o viola la dignidad de la persona humana debe ser rechazado. Sin embargo, es tarea de los expertos de la sociedad continuar la búsqueda de soluciones duraderas y válidas para la satisfacción de las necesidades humanas, que no se aparten de la naturaleza humana, hecha a imagen y semejanza de Dios. La competencia es un factor importante que debe ser considerado en ese sentido.

Recientemente Peter Morgan, director general del Instituto de Directores, se embarcó en la elaboración de un credo para directores de empresas. Debo felicitar la intención de Peter Morgan al componer tal credo para los

<sup>5</sup> Paulo VI, *Octogésima adveniens*, 14-5-1971, N° 26.

directores. Buena parte de lo que él escribe formula la exigencia categórica, e incluso esencial, de buscar la verdad y el bien en el ejercicio de los deberes de un director de empresa. El credo contiene así un saludable recordatorio de la dimensión ética de este papel tan importante en la sociedad moderna. El tema del credo ofrece un ejemplo útil de cómo en la práctica la realidad de la competencia plantea problemas que constituyen una amenaza para la dignidad humana.

El ítem número uno de este credo tiene como primer punto: "Fe en el capitalismo de libre mercado y en la competencia". Esta es una afirmación más bien absolutista. La pregunta que ha de formularse es: ¿cuál es el efecto de esta afirmación sobre los directores? ¿Pone en riesgo su dedicación a la dimensión ética de sus funciones como directores de empresas? Debido a esa posibilidad es importante recordarles regularmente a los directores que la empresa cuyos asuntos dirigen debe ser vista no sólo en el contexto de su propia dinámica interna de operación y éxito, sino también en la realidad de la sociedad humana más amplia de la cual constituye una parte importante. Además, los directores deben aceptar que hay derechos humanos básicos que no deben ser impugnados en forma deliberada y directa como resultado de las operaciones de la empresa. Es a la luz de estos principios que la competencia, tal como es presentada en el credo y sus partes explicativas, debe ser evaluada respecto de sus consecuencias para los asuntos éticos.

Me parece a mí que los directores no se equivocan cuando rechazan las opiniones de que cualquier forma de competencia es esencialmente contraria al Evangelio cristiano. Esto lo he tratado de demostrar en los párrafos precedentes. La visión del credo respecto de la competencia se expande en la afirmación de "queremos decir competencia, no cartel". El cartel, entendido como la unión de fabricantes o comerciantes con el fin de controlar la producción, los acuerdos de mercado, los precios, etc., ha estado notoriamente asociado al intento de obtener y mantener poder sobre otros. Esto es muchas veces visto como algo que deja de lado la justicia y pretende negar a otros la posibilidad de ejercer sus propias habilidades y concepciones. Una acción así es claramente mala. De ahí que el contraste que hace el código entre competencia y cartel ha de ser correcto.

En la explicación del código se agrega: "Sabemos que la competencia implica ganadores y perdedores, y lo aceptamos. Creemos que el vivir con las fuerzas del mercado fortalece a la economía". El código procede a formular entonces su posición moral en relación a la intervención del Estado en los negocios (la que rechaza), pero confirma el deber que tiene el Estado de establecer un adecuado clima legal y normativo, conjuntamente con una moneda estable. Señala, asimismo, que una empresa debe aceptar responsabilidad en materia de promover el bien común.

La yuxtaposición de "competencia" y "ganadores y perdedores" suscita inmediata sensibilidad entre aquellos que tienen consideraciones por su prójimo. Por una parte, pareciera que los intentos de eliminar la "competencia" mediante la intervención del Estado se han traducido en economías sumamente ineficaces e incapaces de proveer un nivel de vida adecuado a sus ciudadanos. Por otra, "ganadores y perdedores" proyecta una imagen de ricos y pobres atrapados en un ciclo de abundancia y poder para algunos, con miseria e impotencia para otros .

El magisterio del Papa Juan Pablo II, en el capítulo IV de *Centesimus annus*, 14-5-1991, sobre el que ya he llamado la atención, entrega los fundamentos de un enfoque necesario para revertir los inhumanos efectos derivados del factor "ganadores y perdedores" en una economía de libre mercado. Ese capítulo se titula "La propiedad privada y el destino universal de los bienes". En esta frase está reunida la enseñanza de la Iglesia Católica en el último siglo relativa al derecho a la propiedad privada asociado con la tierra que Dios ha dado a todo el género humano para el sustento de la totalidad de sus miembros, sin excluir ni privilegiar a ninguno. Desde este punto de partida, el Papa desarrolla su enseñanza relativa a que el hombre es la medida del trabajo; que el trabajo se realiza en conjunto con otros y para otros; que el principal recurso del hombre para dar forma a este mundo es el propio hombre.

Me he referido anteriormente a la declaración del Papa: "Da la impresión de que, tanto a nivel de Naciones, como de relaciones internacionales, el *libre mercado* sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades" (# 34). Pero el Papa advierte contra las limitaciones de este enfoque señalando:

Pero existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado. Es un estricto deber de justicia y de verdad impedir que queden sin satisfacer las necesidades humanas fundamentales y que perezcan los hombres oprimidos por ellas (...). Por encima de la lógica de los intercambios a base de los parámetros y de sus formas justas, existe *algo que es debido al hombre porque es hombre*, porque es hombre, en virtud de su eminente dignidad.<sup>6</sup>

Continuando con esta línea de pensamiento, el Papa excluye el predominio absoluto del capital, de la posesión de los medios del producción y de la tierra, en contraste con la naturaleza libre y personal del trabajo humano:

[Lo que se propone], como modelo alternativo, [no] es el sistema socialista, que de hecho es un capitalismo de Estado, sino una socie-

<sup>6</sup> *Centesimus annus*, # 34.

dad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación. Esta sociedad tampoco se opone al mercado, sino que exige que sea controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad.<sup>7</sup>

El Papa Juan Pablo II reconoce el legítimo papel de las utilidades como indicio de que un negocio marcha bien. Pero la utilidad no ha de ser tomada como el único indicador de la condición de una firma. Una empresa es una comunidad de hombres que buscan de diversos modos la satisfacción de sus necesidades fundamentales y que forman un grupo participativo al servicio de la sociedad entera. Finalmente, el Papa insiste, con particular referencia a la escena internacional, que el capitalismo no debiera ser visto como el único modelo de organización económica.<sup>8</sup>

Al examinar parte del credo para el Instituto de Directores en relación a la "competencia", he intentado explorar cuáles son las aplicaciones teológicas de este factor. Tal vez el enfoque de "perdedores y ganadores" deba ser visto como una perspectiva restringida del asunto. Tal vez una frase para describir la "competencia" en la actividad humana comercial y económica sea "el trabajo libre, la empresa y la participación". De este modo, lo que es dejado de lado es la noción de asalto o ataque contra otros seres humanos. Sin embargo, se preserva al mismo tiempo la realidad de que la "competencia" es una consecuencia inevitable de la condición humana, ya que los hombres no tenemos un control cabal sobre nosotros mismos ni sobre nuestro mundo. El esfuerzo en hacer las cosas de un modo mejor; la constante capacidad inventiva del espíritu humano; el cumplimiento de la orden contenida en el Génesis de ocupar y utilizar esta tierra, indican que la Creación es un don de Dios al hombre. Más que describir esta realidad dinámica como "competencia" es mejor resumirla en la frase "empresa y participación".

Un factor que siempre debe ser tenido en cuenta al considerar asuntos que tocan los fundamentos de la condición humana es aquel del pecado. La doctrina católica enseña que Cristo ha superado la fatalidad del pecado en nuestros primeros padres y en cada miembro del género humano, aunque todos (excepto Cristo y la Santísima Virgen) estén tocados por el pecado. Las consecuencias de una egolatría arrogante y, con ello, la exclusión de Dios y de nuestro prójimo que se halla en el corazón del pecado, son manifiestas en el mundo. De allí la necesidad de leyes y códigos que nos recuerden nuestra dignidad y la de los otros. La competencia puede ser, entonces, ocasión de

<sup>7</sup> *Centesimus annus*, # 35.

<sup>8</sup> *Centesimus annus*, # 35.

pecado o de servicio a otros. Aunque el pecado obedece siempre a una opción personal de ofender a Dios, también esa aberración en la experiencia humana puede ser incorporada a las estructuras de la sociedad y volverse parte de los sistemas económicos y sociales. De allí que la "competencia" de la cual fluyen estas cosas debe quedar sujeta al espíritu del Evangelio para ser transformada en una oportunidad de servicio.

Al parecer, no hay escapatoria a la convicción de que la competencia es un ingrediente esencial para el funcionamiento exitoso de los sistemas económicos modernos. Por cierto, hay quienes sostienen que es necesaria para un sistema exitoso a escala mundial de progreso económico y político.

En este nivel hay muchas voces que plantean dudas respecto de tales principios. Esas dudas exhiben como pruebas los problemas ecológicos que actualmente enfrenta un número de países y que, se dice, amenazarían el medio ambiente mundial al grado que el futuro de la especie humana estaría en peligro. El Papa Juan Pablo II, en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, se refiere a la necesidad de la "solidaridad" ante el desenfreno que puede ocasionar la competencia libre de trabas. El término solidaridad indica la hermandad universal bajo Dios, en virtud de la cual los individuos y las comunidades necesitadas han de ser objeto de la activa preocupación de todos los seres humanos. Tal preocupación es especialmente urgente y apremiante para los individuos y las comunidades que poseen los bienes de la tierra en abundancia.

La solidaridad es, por consiguiente, la aplicación práctica del principio expresado en el título del cuarto capítulo de *Centesimus annus*: "La propiedad privada y el destino universal de los bienes", al que ya me he referido con anterioridad en este trabajo. Si los valores del Evangelio, proclamados por la Iglesia Católica en unión con muchos otros seres humanos de buena voluntad, no son aplicados a la creación de riqueza y a los sistemas políticos y económicos asociados con esa actividad humana esencial, entonces los seres humanos, las comunidades y el mismo género humano enfrentarán peligros que no sólo podrían destruir la dignidad del hombre sino también su existencia sobre este planeta. □